

100 SONETOS DE AMOR

PABLO NERUDA

Soneto I

Matilde, nombre de planta o piedra
o vino, de lo que nace de la tierra y
dura, palabra en cuyo crecimiento
amanece, en cuyo estío estalla la luz
de los limones. En ese nombre
corren navíos de madera rodeados
por enjambres de fuego azul
marino, y esas letras son el agua de
un río que desemboca en mi
corazón calcinado. Oh nombre
descubierto bajo una enredadera
como la puerta de un túnel
desconocido que comunica con la
fragancia del mundo. Oh invádeme
con tu boca abrasadora, indágame,
si quieres, con tus ojos nocturnos,
pero en tu nombre déjame navegar
y dormir.

Soneto II

Amor, cuántos caminos hasta llegar
a un beso, qué soledad errante
hasta tu compañía!
Siguen los trenes solos rodando con
la lluvia. En Taltal no amanece aún la
primavera. Pero tú y yo, amor mío,
estamos juntos, juntos desde la ropa
a las raíces, juntos de otoño, de
agua, de caderas, hasta ser sólo tú,
sólo yo juntos. Pensar que costó

tantas piedras que lleva el río, la
desembocadura del agua de Boroa,
pensar que separados por trenes y
naciones tú y yo teníamos que
simplemente amarnos, con todos
confundidos, con hombres y mujeres,
con la tierra que implanta y educa
los claveles.

Soneto III

Aspero amor, violeta coronada de
espinas, matorral entre tantas
pasiones erizado, lanza de los
dolores, corola de la cólera, por qué
caminos y cómo te dirigiste a mi
alma? Por qué precipitaste tu fuego
doloroso, de pronto, entre las hojas
frías de mi camino?
Quién te enseñó los pasos que hasta mí te
llevaron?
Qué flor, qué piedra, qué humo mostraron
mi morada? Lo cierto es que tembló la
noche pavorosa, el alba llenó todas las
copas con su vino y el sol estableció su
presencia celeste, mientras que el cruel
amor me cercaba sin tregua hasta que
lacerándome con espadas y espinas abrió
en mi corazón un camino quemante.

Soneto IV

Recordarás aquella quebrada
caprichosa a donde los aromas
palpitantes treparon, de cuando
en cuando un pájaro vestido con
agua y lentitud: traje de
invierno. Recordarás los dones
de la tierra: irascible fragancia,
barro de oro, hierbas del
matorral, locas raíces,

sortílegas espinas como
espadas. Recordarás el ramo
que trajiste, ramo de sombra y
agua con silencio, ramo como
una piedra con espuma. Y
aquella vez fue como nunca y
siempre:
vamos allí donde no espera
nada y hallamos todo lo que
está esperando.

Soneto V

No te toque la noche ni el aire ni la
aurora, sólo la tierra, la virtud de
los racimos, las manzanas que
crecen oyendo el agua pura, el
barro y las resinas de tu país
fragante. Desde Quinchamalí donde
hicieron tus ojos hasta tus pies
creados para mí en la Frontera eres
la greda oscura que conozco: en tus
caderas toco de nuevo todo el trigo.
Tal vez tú no sabías, araucana, que
cuando antes de amarte me olvidé
de tus besos mi corazón quedó
recordando tu boca y fui como un
herido por las calles hasta que
comprendí que había encontrado,
amor, mi territorio de besos y
volcanes.

Soneto VI

En los bosques, perdido, corté una
rama oscura y a los labios, sediento,
levanté su susurro: era tal vez la voz
de la lluvia llorando, una campana
rota o un corazón cortado. Algo que
desde tan lejos me parecía oculto
gravemente, cubierto por la tierra, un
grito ensordecido por inmensos

otoños, por la entreabierta y húmeda
tiniebla de las hojas. Pero allí,
despertando de los sueños del bosque,
la rama de avellano cantó bajo mi boca
y su errabundo olor trepó por mi
criterio como si me buscaran de
pronto las raíces que abandoné, la
tierra perdida con mi infancia, y me
detuve herido por el aroma errante.

Soneto VII

"Vendrás conmigo" dije -sin que nadie
supiera dónde y cómo latía mi estado
doloroso, y para mí no había clavel ni
barcarola, nada sino una herida por el
amor abierta. Repetí: ven conmigo,
como si me muriera, y nadie vio en mi
boca la luna que sangraba, nadie vio
aquella sangre que subía al silencio.
Oh amor ahora olvidemos la estrella
con espinas!
Por eso cuando oí que tu voz repetía
"Vendrás conmigo" -fue como si
desataras dolor, amor, la furia del
vino encarcelado que desde su
bodega sumergida subiera y otra vez
en mi boca sentí un sabor de llama,
de sangre y de claveles, de piedra y
quemadura.

Soneto VIII

Si no fuera porque tus ojos tienen
color de luna, de día con arcilla, con
trabajo, con fuego, y aprisionada
tienes la agilidad del aire, si no fuera
porque eres una semana de ámbar, si
no fuera porque eres el momento
amarillo en que el otoño sube por las
enredaderas y eres aún el pan que la
luna fragante elabora paseando su

harina por el cielo, oh, bienamada, yo
no te amaría! En tu abrazo yo abrazo
lo que existe, la arena, el tiempo, el
árbol de la lluvia, y todo vive para
que yo viva: sin ir tan lejos puedo
verlo todo: veo en tu vida todo lo
viviente.

Soneto IX

Al golpe de la ola contra la piedra
indócil la claridad estalla y establece
su rosa y el círculo del mar se reduce
a un racimo, a una sola gota de sal
azul que cae. Oh radiante magnolia
desatada en la espuma, magnética
viajera cuya muerte florece y
eternamente vuelve a ser y a no ser
nada: sal rota, deslumbrante
movimiento marino. Juntos tú y yo,
amor mío, sellamos el silencio,
mientras destruye el mar sus
constantes estatuas y derrumba sus
torres de arrebató y blancura,
porque en la trama de estos tejidos
invisibles del agua desbocada, de la
incesante arena, sostenemos la única
y acosada ternura.

Soneto X

Suave es la bella como si música y
madera, ágata, telas, trigo,
duraznos transparentes, hubieran
erigido la fugitiva estatua. Hacia la
ola dirige su contraria frescura. El
mar moja bruñidos pies copiados a
la forma recién trabajada en la

arena y es ahora su fuego femenino
de rosa una sola burbuja que el sol
y el mar combaten.

Ay, que nada te toque sino la sal del
frío!

Que ni el amor destruya la
primavera intacta. Hermosa,
reverbero de la indeleble espuma,
deja que tus caderas impongan en
el agua una medida nueva de cisne
o de nenúfar y navegue tu estatua
por el cristal eterno.

Soneto XI

Suave es la bella como si música y
madera, ágata, telas, trigo,
duraznos transparentes, hubieran
erigido la fugitiva estatua. Hacia la
ola dirige su contraria frescura. El
mar moja bruñidos pies copiados a
la forma recién trabajada en la
arena y es ahora su fuego femenino
de rosa una sola burbuja que el sol
y el mar combaten.

Ay, que nada te toque sino la sal del
frío!

Que ni el amor destruya la
primavera intacta. Hermosa,
reverbero de la indeleble espuma,
deja que tus caderas impongan en
el agua una medida nueva de cisne
o de nenúfar y navegue tu estatua
por el cristal eterno.

Soneto XII

Plena mujer, manzana carnal, luna
caliente, espeso aroma de algas, lodo y
luz machacados, qué oscura claridad se
abre entre tus columnas? Qué antigua

noche el hombre toca con sus sentidos?

Ay, amar es un viaje con agua y con
estrellas, con aire ahogado y brucas
tempestades de harina:

amar es un combate de
relámpagos y dos cuerpos por
una sola miel derrotados. Beso a
beso recorro tu pequeño infinito,

tus márgenes, tus ríos, tus pueblos
diminutos, y el fuego genital
transformado en delicia corre por
los delgados caminos de la sangre
hasta precipitarse como un clavel
nocturno, hasta ser y no ser sino un
rayo en la sombra.

Soneto XIII

La luz que de tus pies sube a tu
cabellera, la turgencia que envuelve
tu forma delicada, no es de nácar
marino, nunca de plata fría: eres de
pan, de pan amado por el fuego. La
harina levantó su granero contigo y
creció incrementada por la edad
venturosa, cuando los cereales
duplicaron tu pecho mi amor era el
carbón trabajando en la tierra. Oh,
pan tu frente, pan tus piernas, pan
tu boca, pan que devoro y nace con
luz cada mañana, bienamada,
bandera de las panaderías, una
lección de sangre te dio el fuego, de
la harina aprendiste a ser sagrada,
y del pan el idioma y el aroma.

Soneto XIV

Me falta tiempo para celebrar tus
cabellos. Uno por uno debo
contarlos y alabarlos: otros
amantes quieren vivir con ciertos
ojos, yo sólo quiero ser tu
peluquero. En Italia te bautizaron
Medusa por la encrespada y alta
luz de tu cabellera.

Yo te llamo chascona mía y
enmarañada: mi corazón conoce las
puertas de tu pelo. Cuando tú te
extravíes en tus propios cabellos, no
me olvides, acuérdate que te amo,
no me dejes perdido ir sin tu
cabellera por el mundo sombrío de
todos los caminos que sólo tiene
sombra, transitorios dolores, hasta
que el sol sube a la torre de tu pelo.

Soneto XV

Desde hace mucho tiempo la tierra te
conoce: eres compacta como el pan o
la madera, eres cuerpo, racimo de
segura substancia, tienes peso de
acacia, de legumbre dorada. Sé que
existes no sólo porque tus ojos vuelan
y dan luz a las cosas como ventana
abierta, sino porque de barro te
hicieron y cocieron en Chillán, en un
horno de adobe estupefacto. Los
seres se derraman como aire o agua
o frío y vagos son, se borran al
contacto del tiempo, como si antes de
muertos fueran desmenuzados. Tú
caerás conmigo como piedra en la
tumba y así por nuestro amor que no
fue consumido continuará viviendo
con nosotros la tierra.

Soneto XVI

Amo el trozo de tierra que tú eres,
porque de las praderas planetarias
otra estrella no tengo. Tú repites
la multiplicación del universo. Tus
anchos ojos son la luz que tengo
de las constelaciones derrotadas,
tu piel palpita como los caminos
que recorre en la lluvia el meteoro.
De tanta luna fueron para mí tus
caderas, de todo el sol tu boca
profunda y su delicia, de tanta luz
ardiente como miel en la sombra
tu corazón quemado por largos
rayos rojos, y así recorro el fuego
de tu forma besándote, pequeña y
planetaria, paloma y geografía.

Soneto XVII

No te amo como si fueras rosa de
sal, topacio o flecha de claveles que
propagan el fuego:

te amo como se aman ciertas cosas
oscuras, secretamente, entre la
sombra y el alma. Te amo como la
planta que no florece y lleva dentro
de sí, escondida, la luz de aquellas
flores, y gracias a tu amor vive
oscuro en mi cuerpo el apretado
aroma que ascendió de la tierra. Te
amo sin saber cómo, ni cuándo, ni de
dónde, te amo directamente sin
problemas ni orgullo: así te amo
porque no sé amar de otra manera,
sino así de este modo en que no soy
ni eres, tan cerca que tu mano sobre
mi pecho es mía, tan cerca que se
cierran tus ojos con mi sueño.

Soneto XVIII

Por las montañas vas como viene la
brisa o la corriente brusca que baja
de la nieve o bien tu cabellera
palpitante confirma los altos
ornamentos del sol en la espesura.
Toda la luz del Cáucaso cae sobre tu
cuerpo como en una pequeña vasija
interminable en que el agua se
cambia de vestido y de canto a cada
movimiento transparente del río.
Por los montes el viejo camino de
guerreros y abajo enfurecida brilla
como una espada el agua entre
murallas de manos minerales, hasta
que tú recibes de los bosques de
pronto el ramo o el relámpago de
unas flores azules y la insólita
flecha de un aroma salvaje.

Soneto XIX

Mientras la magna espuma de Isla
Negra, la sal azul, el sol en las olas
te mojan, yo miro los trabajos de la
avispa empeñada en la miel de su
universo. Va y viene equilibrando su
recto y rubio vuelo como si
deslizara de un alambre invisible la
elegancia del baile, la sed de su
cintura,

y los asesinatos del aguijón
maligno. De petróleo y naranja
es su arco iris, busca como un
avión entre la hierba, con un
rumor de espiga vuela,
desaparece, mientras que tú
sales del mar, desnuda, y
regresas al mundo llena de sal y

sol, reverberante estatua y
espada de la arena.

Soneto XX

Mi fea, eres una castaña
despeinada, mi bella, eres hermosa
como el viento, mi fea, de tu boca
se pueden hacer dos, mi bella, son
tus besos frescos como sandías.
Mi fea, dónde están escondidos tus
senos?
Son mínimos como dos copas de
trigo. Me gustaría verte dos lunas
en el pecho: las gigantescas torres
de tu soberanía. Mi fea, el mar no
tiene tus uñas en su tienda, mi
bella, flor a flor, estrella por
estrella, ola por ola, amor, he
contado tu cuerpo: mi fea, te amo
por tu cintura de oro, mi bella, te
amo por una arruga en tu frente,
amor, te amo por clara y por
oscura.

Soneto XXI

Oh que todo el amor propague en mí su
boca, que no sufra un momento más sin
primavera, yo no vendí sino mis manos
al dolor, ahora, bienamada, déjame con
tus besos. Cubre la luz del mes abierto
con tu aroma, cierra las puertas con tu
cabellera, y en cuanto a mí no olvides
que si despierto y lloro es porque en
sueños sólo soy un niño perdido que
busca entre las hojas de la noche tus
manos, el contacto del trigo que tú me
comunicas, un raptó centelleante de
sombra y energía. Oh, bienamada, y

nada más que sombra por donde me
acompañes en tus sueños y me digas la
hora de la luz.

Soneto XXII

Cuántas veces, amor, te amé sin verte y tal vez
sin recuerdo, sin reconocer tu mirada, sin
mirarte, centaura, en regiones contrarias, en
un mediodía quemante: eras sólo el aroma de
los cereales que amo. Tal vez te vi, te supuse al
pasar levantando una copa en Angol, a la luz
de la luna de Junio, o eras tú la cintura de
aquella guitarra que toqué en las tinieblas y
sonó como el mar desmedido.

Te amé sin que yo lo supiera, y busqué tu
memoria.

En las casas vacías entré con linterna a
robar tu retrato. Pero yo ya sabía cómo
era. De pronto mientras ibas conmigo te
toqué y se detuvo mi vida: frente a mis
ojos estabas, reinándome, y reinas. Como
hoguera en los bosques el fuego es tu
reino.

Soneto XXIII

Fue luz el fuego y pan la luna
rencorosa, el jazmín duplicó su
estrellado secreto, y del terrible amor
las suaves manos puras dieron paz a
mis ojos y sol a mis sentidos. Oh amor,
cómo de pronto, de las desgarraduras
hiciste el edificio de la dulce firmeza,
derrotaste las uñas malignas y celosas
y hoy frente al mundo somos como una
sola vida. Así fue, así es y así será
hasta cuando, salvaje y dulce amor,
bienamada Matilde, el tiempo nos
señale la flor final del día.

Sin ti, sin mí, sin luz ya no
seremos: entonces más allá del la
tierra y la sombra el resplandor de
nuestro amor seguirá vivo.

Soneto XXIV

Amor, amor, las nubes a la torre del
cielo subieron como triunfantes
lavanderas, y todo ardió en azul, todo
fue estrella: el mar, la nave, el día se
desterraron juntos. Ven a ver los
cerezos del agua constelada y la clave
redonda del rápido universo, ven a
tocar el fuego del azul instantáneo,
ven antes de que sus pétalos se
consuman. No hay aquí sino luz,
cantidades, racimos, espacio abierto
por las virtudes del viento hasta
entregar los últimos secretos de la
espuma. Y entre tantos azules
celestes, sumergidos, se pierden
nuestros ojos adivinando apenas los
poderes del aire, las llaves
submarinas.

Soneto XXV

Antes de amarte, amor, nada
era mío: vacilé por las calles
y las cosas: nada contaba ni
tenía nombre: el mundo era
del aire que esperaba. Yo
conocí salones cenicientos,
túneles habitados por la
luna, hangares crueles que
se despedían, preguntas que
insistían en la arena. Todo
estaba vacío, muerto y mudo,

caído, abandonado y
decaído, todo era
inalienablemente ajeno, todo
era de los otros y de nadie,
hasta que tu belleza y tu
pobreza llenaron el otoño de
regalos.

Soneto XXVI

Ni el color de las dunas terribles en
Iquique, ni el estuario del Río Dulce
de Guatemala, cambiaron tu perfil
conquistado en el trigo, tu estilo de
uva grande, tu boca de guitarra. Oh
corazón, oh mía desde todo el
silencio, desde las cumbres donde
reinó la enredadera hasta las
desoladas planicies del platino, en
toda patria pura te repitió la tierra.
Pero ni huraña mano de montes
minerales, ni nieve tibetana, ni
piedra de Polonia, nada alteró tu
forma de cereal viajero, como si
greda o trigo, guitarras o racimos
de Chillán defendieran en ti su
territorio imponiendo el mandato de
la luna silvestre.

Soneto XXVII

Desnuda eres tan simple como una de
tus manos, lisa, terrestre, mínima,
redonda, transparente, tienes líneas
de luna, caminos de manzana,
desnuda eres delgada como el trigo
desnudo. Desnuda eres azul como la
noche en Cuba, tienes enredaderas y

estrellas en el pelo, desnuda eres
enorme y amarilla como el verano en
una iglesia de oro. Desnuda eres
pequeña como una de tus uñas, curva,
sutil, rosada hasta que nace el día y te
metes en el subterráneo del mundo
como en un largo túnel de trajes y
trabajos: tu claridad se apaga, se
viste, se deshoja y otra vez vuelve a
ser una mano desnuda.

Soneto XXVIII

Amor, de grano a grano, de planeta
a planeta, la red del viento con sus
países sombríos, la guerra con sus
zapatos de sangre, o bien el día y la
noche de la espiga. Por donde
fuimos, islas o puentes o banderas,
violines del fugaz otoño acribillado,
repitió la alegría los labios de la
copa, el dolor nos detuvo con su
lección de llanto. En todas las
repúblicas desarrollaba el viento su
pabellón impune, su glacial
cabellera y luego regresaba la flor
a sus trabajos.
Pero en nosotros nunca se calcinó el
otoño.

Y en nuestra patria inmóvil
germinaba y crecía el amor con los
derechos del rocío.

Soneto XXIX

Vienes de la pobreza de las casas del
Sur, de las regiones duras con frío y
terremoto que cuando hasta sus

dioses rodaron a la muerte nos
dieron la lección de la vida en la
greda. Eres un caballito de greda
negra, un beso de barro oscuro,
amor, amapola de greda, paloma del
crepúsculo que voló en los caminos,
alcancía con lágrimas de nuestra
pobre infancia. Muchacha, has
conservado tu corazón de pobre, tus
pies de pobre acostumbrados a las
piedras, tu boca que no siempre tuvo
pan o delicia. Eres del pobre Sur, de
donde viene mi alma: en su cielo tu
madre sigue lavando ropa con mi
madre. Por eso te escogí, compañera.

Soneto XXX

Tienes del archipiélago las hebras
del alerce, la carne trabajada por los
siglos del tiempo, venas que
conocieron el mar de las maderas,
sangre verde caída del cielo a la
memoria. Nadie recogerá mi
corazón perdido entre tantas raíces,
en la amarga frescura del sol
multiplicado por la furia del agua,
allí vive la sombra que no viaja
conmigo. Por eso tú saliste del Sur
como una isla poblada y coronada
por plumas y maderas y yo sentí el
aroma de los bosques errantes, hallé
la miel oscura que conocí en la
selva, y toqué en tus caderas los
pétalos sombríos que nacieron
conmigo y construyeron mi alma.

Soneto XXXI

Con laureles del Sur y orégano de
Lota

te coronó, pequeña monarca de mis
huesos, y no puede faltarte esa corona
que elabora la tierra con bálsamo y
follaje. Eres, como el que te ama, de las
provincias verdes: de allá trajimos
barro que nos corre en la sangre, en la
ciudad andamos, como tantos,
perdidos, temerosos de que cierren el
mercado. Bienamada, tu sombra tiene
olor a ciruela, tus ojos escondieron en
el Sur sus raíces, tu corazón es una
paloma de alcancía, tu cuerpo es liso
como las piedras en el agua, tus besos
son racimos con rocío, y yo a tu lado
vivo con la tierra.

Soneto XXXII

La casa en la mañana con la verdad
revuelta de sábanas y plumas, el
origen del día sin dirección, errante
como una pobre barca, entre los
horizontes del orden y del sueño.
Las cosas quieren arrastrar
vestigios, adherencias sin rumbo,
herencias frías, los papeles
esconden vocales arrugadas y en la
botella el vino quiere seguir su
ayer. Ordenadora, pasas vibrando
como abeja tocando las regiones
perdidas por la sombra,
conquistando la luz con tu blanca
energía. Y se construye entonces la
claridad de nuevo: obedecen las
cosas al viento de la vida y el orden
establece su pan y su paloma.

Soneto XXXIII

Amor, ahora nos vamos a la casa
donde la enredadera sube por las
escalas: antes que llegues tú llegó a
tu dormitorio el verano desnudo con
pies de madre selva. Nuestros besos
errantes recorrieron el mundo:
Armenia, espesa gota de miel
desenterrada, Ceylán, paloma verde,
y el Yang Tsé separando con antigua
paciencia los días de las noches.

Y ahora, bienamada, por el mar
crepitante volvemos como dos aves
ciegas al muro, al nido de la lejana
primavera, porque el amor no puede
volar sin detenerse: al muro o a las
piedras del mar van nuestras vidas, a
nuestro territorio regresaron los besos.

Soneto XXXIV

Eres hija del mar y prima del orégano,
nadadora, tu cuerpo es de agua pura,
cocinera, tu sangre es tierra viva y tus
costumbres son floridas y terrestres. Al
agua van tus ojos y levantan las olas, a
la tierra tus manos y saltan las semillas,
en agua y tierra tienes propiedades
profundas que en ti se juntan como las
leyes de la greda. Náyade, corta tu
cuerpo la turquesa y luego resurrecto
florece en la cocina de tal modo que
asumes cuanto existe y al fin duermes
rodeada por mis brazos que apartan de
la sombra sombría, para que tú
descances, legumbres, algas, hierbas: la
espuma de tus sueños.

Soneto XXXV

Tu mano fue volando de mis ojos al
día. Entró la luz como un rosal
abierto. Arena y cielo palpitaban
como una culminante colmena
cortada en las turquesas. Tu mano
tocó sílabas que tintineaban,
copas, alcuzas con aceites
amarillos, corolas, manantiales y,
sobre todo, amor, amor: tu mano
pura preservó las cucharas. La
tarde fue. La noche deslizó sigilosa
sobre el sueño del hombre su
cápsula celeste. Un triste olor
salvaje soltó la madre selva. Y tu
mano volvió de su vuelo volando a
cerrar su plumaje que yo creí
perdido sobre mis ojos devorados
por la sombra.

Soneto XXXVI

Corazón mío, reina del apio y de la
artesa: pequeña leoparda del hilo
y la cebolla: me gusta ver brillar
tu imperio diminuto, las armas de
la cera, del vino, del aceite, del
ajo, de la tierra por tus manos
abierta de la sustancia azul
encendida en tus manos, de la
transmigración del sueño a la
ensalada, del reptil enrollado en la
manguera. Tú con tu podadora
levantando el perfume, tú, con la
dirección del jabón en la espuma,
tú, subiendo mis locas escalas y
escaleras, tú, manejando el
síntoma de mi caligrafía y
encontrando en la arena del
cuaderno las letras extraviadas
que buscaban tu boca.

Soneto XXXVII

Oh amor, oh rayo loco y amenaza
purpúrea, me visitas y subes por tu
fresca escalera el castillo que el
tiempo coronó de neblinas, las
pálidas paredes del corazón cerrado.
Nadie sabrá que sólo fue la
delicadeza construyendo cristales
duros como ciudades y que la sangre
abría túneles desdichados sin que su
monarquía derribara el invierno. Por
eso, amor, tu boca, tu piel, tu luz, tus
penas, fueron el patrimonio de la
vida, los dones sagrados de la lluvia,
de la naturaleza que recibe y levanta
la gravidez del grano, la tempestad
secreta del vino en las bodegas, la
llamarada del cereal en el suelo.

Soneto XXXVIII

Tu casa suena como un tren a
mediodía, zumban las avispas,
cantan las cacerolas, la cascada
enumera los hechos del rocío, tu
risa desarrolla su trino de palmera.
La luz azul del muro conversa con
la piedra, llega como un pastor
silbando un telegrama y entre las
dos higueras de voz verde Homero
sube con zapatos sigilosos. Sólo
aquí la ciudad no tiene voz ni llanto,
ni sin fin, ni sonatas, ni labios, ni
bocina sino un discurso de cascada
y de leones, y tú que subes, cantas,
corres, caminas, bajas, plantas,
coses, cocinas, clavas, escribes,
vuelves, o te has ido y se sabe que
comenzó el invierno.

Soneto XXXIX

Pero olvidé que tus manos satisfacían
las raíces, regando rosas
enmarañadas, hasta que florecieron
tus huellas digitales en la plenaria paz
de la naturaleza. El azadón y el agua
como animales tuyos te acompañan,
mordiendo y lamiendo la tierra, y es
así cómo, trabajando, desprendes
fecundidad, fogosa frescura de
claveles. Amor y honor de abejas pido
para tus manos que en la tierra
confunden su estirpe transparente, y
hasta en mi corazón abren su
agricultura, de tal modo que soy como
piedra quemada que de pronto,
contigo, canta, porque recibe el agua
de los bosques por tu voz conducida.

Soneto XL

Era verde el silencio, mojada era la luz,
temblaba el mes de Junio como una
mariposa y en el austral dominio,
desde el mar y las piedras, Matilde,
atravesaste el mediodía.
Ibas cargada de flores ferruginosas,

algas que el viento sur atormenta y
olvida, aún blancas, agrietadas por
la sal devorante, tus manos
levantaban las espigas de arena.
Amo tus dones puros, tu piel de
piedra intacta, tus uñas ofrecidas
en el sol de tus dedos, tu boca
derramada por toda la alegría, pero,
para mi casa vecina del abismo,
dame el atormentado sistema del

silencio, el pabellón del mar
olvidado en la arena.

Soneto XLI

Desdichas del mes de Enero cuando el
indiferente mediodía establece su
ecuación en el cielo, un oro duro como
el vino de una copa colmada llena la
tierra hasta sus límites azules.
Desdichas de este tiempo parecidas a
uvas pequeñas que agruparon verde
amargo, confusas, escondidas lágrimas
de los días hasta que la intemperie
publicó sus racimos. Sí, gérmenes,
dolores, todo lo que palpita aterrado, a
la luz crepitante de Enero, madurará,
ardirá como ardieron los frutos.
Divididos serán los pesares: el alma
dará un golpe de viento, y la morada
quedará limpia con el pan fresco en la
mesa.

Soneto XLII

Radiantes días balanceados por el agua
marina, concentrados como el interior de
una piedra amarilla cuyo esplendor de miel
no derribó el desorden: preservó su pureza
de rectángulo. Crepita, sí, la hora como
fuego o abejas y es verde la tarea de
sumergirse en hojas, hasta que hacia la
altura es el follaje un mundo centelleante
que se apaga y susurra. Sed del fuego,
abrasadora multitud del estío que
construye un Edén con unas cuantas hojas,
porque la tierra de rostro oscuro no quiere
sufrimientos sino frescura o fuego, agua o
pan para todos, y nada debería dividir a los
hombres sino el sol o la noche, la luna o las
espigas.

Soneto XLIII

Un signo tuyo busco en todas las
otras, en el brusco, ondulante río de
las mujeres, trenzas, ojos apenas
sumergidos, pies claros que resbalan
navegando en la espuma. De pronto
me parece que diviso tus uñas
oblongas, fugitivas, sobrinas de un
cerezo, y otra vez es tu pelo que pasa
y me parece ver arder en el agua tu
retrato de hoguera. Miré, pero
ninguna llevaba tu latido, tu luz, la
greda oscura que trajiste del bosque,
ninguna tuvo tus diminutas orejas. Tú
eres total y breve, de todas eres una, y
así contigo voy recorriendo y amando
un ancho Mississippi de estuario
femenino.

Soneto XLIV

Sabrás que no te amo y que
te amo puesto que de dos
modos es la vida, la palabra
es un ala del silencio, el
fuego tiene una mitad de frío.
Yo te amo para comenzar a
amarte, para recomenzar el
infinito y para no dejar de
amarte nunca: por eso no te
amo todavía. Te amo y no te
amo como si tuviera en mis
manos las llaves de la dicha y
un incierto destino
desdichado. Mi amor tiene
dos vidas para armarte. Por
eso te amo cuando no te amo

y por eso te amo cuando te
amo.

Soneto XLV

No estés lejos de mí un solo día,
porque cómo, porque, no sé decirlo,
es largo el día, y te estaré esperando
como en las estaciones cuando en
alguna parte se durmieron los
trenes. No te vayas por una hora
porque entonces en esa hora se
juntan las gotas del desvelo y tal vez
todo el humo que anda buscando
casa venga a matar aún mi corazón
perdido. Ay que no se quebrante tu
silueta en la arena, ay que no vuelen
tus párpados en la ausencia: no te
vayas por un minuto, bienamada,
porque en ese minuto te habrás ido
tan lejos que yo cruzaré toda la
tierra preguntando si volverás o si
me dejarás muriendo.

Soneto XLVI

De las estrellas que admiré,
mojadas por ríos y rocíos
diferentes, yo no escogí sino
la que yo amaba y desde
entonces duermo con la
noche. De la ola, una ola y
otra ola, verde mar, verde frío,
rama verde, yo no escogí sino
una sola ola: la ola indivisible
de tu cuerpo. Todas las gotas,
todas las raíces, todos los
hilos de la luz vinieron, me
vinieron a ver tarde o

temprano. Yo quise para mí tu
cabellera. Y de todos los
dones de mi patria sólo escogí
tu corazón salvaje.

Soneto XLVII

Detrás de mí en la rama quiero
verte.

Poco a poco te convertiste en
fruto. No te costó subir de las
raíces cantando con tu sílaba
de savia. Y aquí estarás
primero en flor fragante, en la
estatua de un beso convertida,
hasta que sol y tierra, sangre
y cielo, te otorguen la delicia y
la dulzura. En la rama veré tu
cabellera, tu signo madurando
en el follaje, acercando las
hojas a mi sed, y llenará mi
boca tu substancia, el beso
que subió desde la tierra con
tu sangre de fruta enamorada.

Soneto XLVIII

Dos amantes dichosos hacen un
solo pan, una sola gota de luna
en la hierba, dejan andando dos
sombras que se reúnen, dejan un
solo sol vacío en una cama. De
todas las verdades escogieron el
día: no se ataron con hilos sino
con un aroma, y no
despedazaron la paz ni las
palabras.
La dicha es una torre transparente.
El aire, el vino van con los dos

amantes, la noche les regala sus
pétalos dichosos, tienen derecho a
todos los claveles. Dos amantes
dichosos no tienen fin ni muerte,
nacen y mueren muchas veces
mientras viven, tienen la eternidad
de la naturaleza.

Soneto XLVI

De las estrellas que admiré,
mojadas por ríos y rocíos
diferentes, yo no escogí sino
la que yo amaba y desde
entonces duermo con la
noche. De la ola, una ola y
otra ola, verde mar, verde frío,
rama verde, yo no escogí sino
una sola ola: la ola indivisible
de tu cuerpo. Todas las gotas,
todas las raíces, todos los
hilos de la luz vinieron, me
vinieron a ver tarde o
temprano. Yo quise para mí tu
cabellera.
Y de todos los dones de mi patria
sólo escogí tu corazón salvaje.

Soneto XLVII

Detrás de mí en la rama quiero
verte.
Poco a poco te convertiste en
fruto. No te costó subir de las
raíces cantando con tu sílaba
de savia. Y aquí estarás
primero en flor fragante, en la
estatua de un beso convertida,

hasta que sol y tierra, sangre
y cielo, te otorguen la delicia y
la dulzura. En la rama veré tu
cabellera, tu signo madurando
en el follaje, acercando las
hojas a mi sed, y llenará mi
boca tu substancia, el beso
que subió desde la tierra con
tu sangre de fruta enamorada.

Soneto XLVIII

Dos amantes dichosos hacen un
solo pan, una sola gota de luna
en la hierba, dejan andando dos
sombras que se reúnen, dejan un
solo sol vacío en una cama. De
todas las verdades escogieron el
día: no se ataron con hilos sino
con un aroma, y no
despedazaron la paz ni las
palabras.
La dicha es una torre transparente.
El aire, el vino van con los dos
amantes, la noche les regala sus
pétalos dichosos, tienen derecho a
todos los claveles. Dos amantes
dichosos no tienen fin ni muerte,
nacen y mueren muchas veces
mientras viven, tienen la eternidad
de la naturaleza.

Soneto XLIX

Es hoy: todo el ayer se fue
cayendo entre dedos de luz y
ojos de sueño, mañana llegará
con pasos verdes: nadie detiene
el río de la aurora. Nadie
detiene el río de tus manos, los
ojos de tu sueño, bienamada,
eres temblor del tiempo que

transcurre entre luz vertical y
sol sombrío, y el cielo cierra
sobre ti sus alas llevándote y
trayéndote a mis brazos con
puntual, misteriosa cortesía:
Por eso canto al día y a la luna,
al mar, al tiempo, a todos los
planetas, a tu voz diurna y a tu
piel nocturna.

Soneto L

Cotapos dice que tu risa cae como
un halcón desde una brusca torre y,
es verdad, atraviesas el follaje del
mundo con un solo relámpago de tu
estirpe celeste que cae, y corta, y
saltan las lenguas del rocío, las
aguas del diamante, la luz con sus
abejas y allí donde vivía con su
barba el silencio estallan las
granadas del sol y las estrellas, se
viene abajo el cielo con la noche
sombria, arden a plena luna
campanas y claveles, y corren los
caballos de los talabarteros: porque
tú siendo tan pequeña como eres
dejas caer la risa desde tu meteoro
electrizando el nombre de la
naturaleza.

Soneto LI

Tu risa pertenece a un árbol
entreabierto por un rayo, por un
relámpago plateado que desde el
cielo cae quebrándose en la copa,
partiendo en dos el árbol con una
sola espada. Sólo en las tierras altas
del follaje con nieve nace una risa
como la tuya, bienamante, es la risa
del aire desatado en la altura,

costumbres de araucaria,
bienamada. Cordillerana mía,
chillaneja evidente, corta con los
cuchillos de tu risa la sombra, la
noche, la mañana, la miel del
mediodía, y que salten al cielo las
aves del follaje cuando como una
luz derrochadora

rompe tu risa el árbol de la vida.

Soneto LII

Cantas y a sol y a cielo con tu
canto tu voz desgrana el
cereal del día, hablan los
pinos con su lengua verde:
trinan todas las aves del
invierno. El mar llena sus
sótanos de pasos, de
campanas, cadenas y
gemidos, tintinean metales y
utensilios, suenan las ruedas
de la caravana. Pero sólo tu
voz escucho y sube tu voz con
vuelo y precisión de flecha,
baja tu voz con gravedad de
lluvia, tu voz esparce
altísimas espadas, vuelve tu
voz cargada de violetas y
luego me acompaña por el
cielo.

Soneto LIII

Aquí está el pan, el vino, la mesa, la
morada: el menester del hombre, la
mujer y la vida: a este sitio corría la
paz vertiginosa, por esta luz ardió la
común quemadura. Honor a tus dos
manos que vuelan preparando los

blancos resultados del canto y la
cocina, salve! la integridad de tus
pies corredores, viva! la bailarina
que baila con la escoba. Aquellos
bruscos ríos con aguas y amenazas,
aquel atormentado pabellón de la
espuma, aquellos incendiaron
panales y arrecifes son hoy este
reposo de tu sangre en la mía, este
cauce estrellado y azul como la
noche, esta simplicidad sin fin de la
ternura.

Soneto LIV

Espléndida razón, demonio
claro del racimo absoluto, del
recto mediodía, aquí estamos
al fin, sin soledad y solos, lejos
del desvarío de la ciudad
salvaje. Cuando la línea pura
rodea su paloma y el fuego
condecora la paz con su
alimento tú y yo erigimos este
celeste resultado! Razón y
amor desnudos viven en esta
casa. Sueños furiosos, ríos de
amarga certidumbre decisiones
más duras que el sueño de un
martillo cayeron en la doble
copa de los amantes. Hasta
que en la balanza se elevaron,
gemelos, la razón y el amor
como dos alas. Así se construyó
la transparencia.

Soneto LV

Espinas, vidrios rotos, enfermedades,
llanto asedian día y noche la miel de
los felices y no sirve la torre, ni el
viaje, ni los muros: la desdicha
atraviesa la paz de los dormidos, el
dolor sube y baja y acerca sus
cucharas y no hay hombre sin este
movimiento, no hay natalicio, no hay
techo ni cercado: hay que tomar en
cuenta este atributo. Y en el amor no
valen tampoco ojos cerrados,
profundos lechos lejos del pestilente
herido, o del que paso a paso
conquista su bandera. Porque la vida
pega como cólera o río y abre un
túnel sangriento por donde nos
vigilan los ojos de una inmensa
familia de dolores.

Soneto LVI

Acostúmbrate a ver detrás de mí la
sombra y que tus manos salgan del
rencor, transparentes, como si en la
mañana del mar fueran creadas: la sal
te dio, amor mío, proporción
cristalina.
La envidia sufre, muere, se agota con mi canto.
Uno a uno agonizan sus tristes
capitanes.
Yo digo amor, y el mundo se puebla de
palomas.
Cada sílaba mía trae la primavera.

Entonces tú, florida, corazón,
bienamada, sobre mis ojos como
los follajes del cielo eres, y yo te
miro recostada en la tierra. Veo el
sol trasmigrar racimos a tu rostro,
mirando hacia la altura reconozco
tus pasos. Matilde, bienamada,
diadema, bienvenida!

Soneto LVII

Mienten los que dijeron que yo perdí
la luna, los que profetizaron mi
porvenir de arena, aseveraron tantas
cosas con lenguas frías: quisieron
prohibir la flor del universo. «Ya no
cantará más el ámbar insurgente de
la sirena, no tiene sino pueblo.» Y
masticaban sus incesantes papeles
patrocinando para mi guitarra el
olvido. Yo les lancé a los ojos las
lanzas deslumbrantes de nuestro
amor clavando tu corazón y el mío,
yo reclamé el jazmín que dejaban tus
huellas, yo me perdí de noche sin luz
bajo tus párpados y cuando me
envolvió la claridad nací de nuevo,
dueño de mi propia tiniebla.

Soneto LVIII

Entre los espadones de fierro literario
paso yo como un marinero remoto que
no conoce las esquinas y que canta
porque sí, porque cómo si no fuera
por eso. De los atormentados
archipiélagos traje mi acordeón con
borrascas, rachas de lluvia loca, y una
costumbre lenta de cosas naturales:
ellas determinaron mi corazón
silvestre. Así cuando los dientes de la
literatura trataron de morder mis
honrados talones, yo pasé, sin saber,
cantando con el viento hacia los
almacenes lluviosos de mi infancia,
hacia los bosques fríos del Sur
indefinible, hacia donde mi vida se
llenó con tu aroma.

Soneto LIX

(G.M.)

Pobres poetas a quienes la vida y la muerte persiguieron con la misma tenacidad sombría y luego son cubiertos por impasible pompa entregados al rito y al diente funerario. Ellos -oscuros como piedrecitas- ahora detrás de los caballos arrogantes, tendidos van, gobernados al fin por los intrusos, entre los edecanes, a dormir sin silencio. Antes y ya seguros de que está muerto el muerto hacen de las exequias un festín miserable con pavos, puercos y otros oradores. Acecharon su muerte y entonces la ofendieron: sólo porque su boca está cerrada y ya no puede contestar su canto.

Soneto LX

A ti te hiere aquel que quiso hacerme daño, y el golpe del veneno contra mí dirigido como por una red pasa entre mis trabajos y en ti deja una mancha de óxido y desvelo. No quiero ver, amor, en la luna florida de tu frente cruzar el odio que me acecha. No quiero que en tu sueño deje el rencor ajeno olvidada su inútil corona de cuchillos. Donde voy van detrás de mí pasos amargos, donde río una mueca de horror copia mi cara, donde canto la envidia maldice, ríe y roe. Y es ésta, amor, la sombra que la vida me ha dado:
es un traje vacío que me sigue
cojeando como un espantapájaros
de sonrisa sangrienta.

Soneto LXI

Trajo el amor su cola de
dolores, su largo rayo
estático de espinas y
cerramos los ojos porque
nada, porque ninguna
herida nos separe. No es
culpa de tus ojos este
llanto: tus manos no
clavaron esta espada: no
buscaron tus pies este
camino: llegó a tu corazón
la miel sombría. Cuando el
amor como una inmensa
ola nos estrelló contra la
piedra dura, nos amasó
con una sola harina, cayó
el dolor sobre otro dulce
rostro y así en la luz de la
estación abierta se
consagró la primavera
herida.

Soneto LXII

Ay de mí, ay de nosotros,
bienamada, sólo quisimos sólo
amor, amarnos, y entre tantos
dolores se dispuso sólo
nosotros dos ser malheridos.
Quisimos el tú y yo para
nosotros, el tú del beso, el yo
del pan secreto, y así era todo,
eternamente simple, hasta que
el odio entró por la ventana.
Odan los que no amaron
nuestro amor, ni ningún otro
amor, desventurados como las
sillas de un salón perdido,
hasta que se enredaron en
ceniza y el rostro amenazante
que tuvieron se apagó en el
crepúsculo apagado.

Soneto LXIII

No sólo por las tierras desiertas donde la
piedra salina es como la única rosa, la flor por
el mar enterrada, anduve, sino por la orilla de
ríos que cortan la nieve. Las amargas alturas
de las cordilleras conocen mis pasos.

Enmarañada, silbante región de mi patria
salvaje, lianas cuyo beso mortal se encadena
en la selva, lamento mojado del ave que surge
lanzando sus escalofríos, oh región de
perdidos dolores y llanto inclemente! No sólo
son míos la piel venenosa del cobre o el salitre
extendido como estatua yacente y nevada,
sino la viña, el cerezo premiado por la
primavera,

son míos, y yo pertenezco como átomo
negro a las áridas tierras y a la luz del
otoño en las uvas, a esta patria
metálica elevada por torres de nieve.

Soneto LXIV

De tanto amor mi vida se tiñó de violeta
y fui de rumbo en rumbo como las aves
ciegas hasta llegar a tu ventana, amiga
mía: tú sentiste un rumor de corazón
quebrado y allí de la tinieblas me levanté
a tu pecho, sin ser y sin saber fui a la
torre del trigo, surgí para vivir entre tus
manos, me levanté del mar a tu alegría.
Nadie puede contar lo que te debo, es
lúcido lo que te debo, amor, y es como
una raíz natal de Araucanía, lo que te
debo, amada. Es sin duda estrellado todo
lo que te debo, lo que te debo es como el
pozo de una zona silvestre en donde
guardó el tiempo relámpagos errantes.

Soneto LXV

Matilde, dónde estás? Noté,
hacia abajo, entre corbata y
corazón, arriba, cierta
melancolía intercostal: era que
tú de pronto eras ausente. Me
hizo falta la luz de tu energía y
miré devorando la esperanza,
miré el vacío que es sin ti una
casa, no quedan sino trágicas
ventanas. De puro taciturno el
techo escucha caer antiguas
lluvias deshojadas, plumas, lo
que la noche aprisionó: y así te
espero como casa sola y
volverás a verme y habitarme.
De otro modo me duelen las
ventanas.

Soneto LXVI

No te quiero sino porque te
quiero y de quererte a no
quererte llego y de esperarte
cuando no te espero pasa mi
corazón del frío al fuego. Te
quiero sólo porque a ti te
quiero, te odio sin fin, y
odiándote te ruego, y la medida
de mi amor viajero es no verte y
amarte como un ciego. Tal vez
consumirá la luz de Enero, su
rayo cruel, mi corazón entero,
robándome la llave del sosiego.
En esta historia sólo yo me
muero y moriré de amor porque
te quiero, porque te quiero,
amor, a sangre y fuego.

Soneto LXVII

La gran lluvia del sur cae sobre Isla
Negra como una sola gota
transparente y pesada, el mar abre
sus hojas frías y la recibe, la tierra
aprende el húmedo destino de una
copa. Alma mía, dame en tus besos el
agua salobre de estos mares, la miel
del territorio, la fragancia mojada por
mil labios del cielo, la paciencia
sagrada del mar en el invierno. Algo
nos llama, todas las puertas se abren
solas, relata el agua un largo rumor a
las ventanas, crece el cielo hacia
abajo tocando las raíces, y así teje y
desteje su red celeste el día con
tiempo, sal, susurros, crecimientos,
camino, una mujer, un hombre, y el
invierno en la tierra.

Soneto LXVIII

(Mascarón de Proa)

La niña de madera no llegó
caminando: allí de pronto estuvo
sentada en los ladrillos, viejas
flores del mar cubrían su cabeza,
su mirada tenía tristeza de raíces.
Allí quedó mirando nuestras vidas
abiertas, el ir y ser y andar y
volver por la tierra,

el día destiñendo sus pétalos
graduales. Vigilaba sin vernos la
niña de madera. La niña coronada
por las antiguas olas, allí miraba
con sus ojos derrotados: sabía que
vivimos en una red remota de
tiempo y agua y olas y sonidos y
lluvia, sin saber si existimos o si

somos su sueño. Ésta es la historia
de la muchacha de madera.

Soneto LXIX

Tal vez no ser es ser sin que
tú seas, sin que vayas
cortando el mediodía como
una flor azul, sin que
camines más tarde por la
niebla y los ladrillos, sin esa
luz que llevas en la mano que
tal vez otros no verán
dorada, que tal vez nadie
supo que crecía como el
origen rojo de la rosa, sin
que seas, en fin, sin que
vinieras brusca, incitante, a
conocer mi vida, ráfaga de
rosal, trigo del viento, y
desde entonces soy porque
tú eres, y desde entonces
eres, soy y somos, y por amor
seré, serás, seremos.

Soneto LXX

Tal vez herido voy sin ir
sangriento por uno de los rayos
de tu vida y a media selva me
detiene el agua: la lluvia que se
cae con su cielo. Entonces toco
el corazón llovido: allí sé que tus
ojos penetraron por la región
extensa de mi duelo y un susurro
de sombra surge solo: Quién es?
Quién es? Pero no tuvo nombre
la hoja o el agua oscura que
palpita a media selva, sorda, en
el camino, y así, amor mío, supe

que fui herido y nadie hablaba
allí sino la sombra, la noche
errante, el beso de la lluvia.

Soneto LXXI

De pena en pena cruza sus islas el
amor y establece raíces que luego
riega el llanto, y nadie puede, nadie
puede evadir los pasos del corazón
que corre callado y carnicero. Así tú
y yo buscamos un hueco, otro
planeta en donde no tocara la sal tu
cabellera, en donde no crecieran
dolores por mi culpa, en donde viva
el pan sin agonía. Un planeta
enredado por distancia y follajes, un
páramo, una piedra cruel y
deshabitada, con nuestras propias
manos hacer un nido duro,
queríamos, sin daño ni herida ni
palabra, y no fue así el amor, sino
una ciudad loca donde la gente
palidece en los balcones.

Soneto LXXII

Amor mío, el invierno regresa a sus
cuarteles, establece la tierra sus
dones amarillos y pasamos la mano
sobre un país remoto, sobre la
cabellera de la geografía. Irnos! Hoy!
Adelante, ruedas, naves, campanas,
aviones acerados por el diurno
infinito hacia el olor nupcial del
archipiélago, por longitudinales
harinas de usufructo! Vamos,
levántate, y endiadémate y sube y
baja y corre y trina con el aire y
conmigo vámonos a los trenes de
Arabia o Tocopilla, sin más que
trasmigrar hacia el polen lejano, a

pueblos lancinantes de harapos y
gardenias gobernados por pobres
monarcas sin zapatos.

Soneto LXXIII

Recordarás tal vez aquel hombre
afilado que de la oscuridad salió
como un cuchillo y antes de que
supiéramos, sabía: vio el humo y
decidió que venía del fuego. La
pálida mujer de cabellera negra
surgió como un pescado del abismo
y entre los dos alaron en contra
del amor una máquina armada de
dientes numerosos. Hombre y
mujer talaron montañas y jardines,
bajaron a los ríos, treparon por los
muros, subieron por los montes su
atroz artillería. El amor supo
entonces que se llamaba amor. Y
cuando levanté mis ojos a tu
nombre tu corazón de pronto
dispuso mi camino.

Soneto LXXIV

El camino mojado por el agua de
Agosto brilla como si fuera cortado
en plena luna, en plena claridad de la
manzana, en mitad de la fruta del
otoño. Neblina, espacio o cielo, la
vaga red del día crece con fríos
sueños, sonidos y pescados, el vapor
de las islas combate la comarca,
palpita el mar sobre la luz de Chile.
Todo se reconcentra como el metal,
se esconden las hojas, el invierno

enmascara su estirpe y sólo ciegos
somos, sin cesar, solamente.
Solamente sujetos al cauce sigiloso
del movimiento, adiós, del viaje, del
camino: adiós, caen las lágrimas de
la naturaleza.

Soneto LXXV

Ésta es la casa, el mar y la
bandera. Errábamos por otros
largos muros. No hallábamos
la puerta ni el sonido desde la
ausencia, como desde
muertos. Y al fin la casa abre
su silencio, entramos a pisar el
abandono, las ratas muertas,
el adiós vacío, el agua que
lloró en las cañerías. Lloró,
lloró la casa noche y día, gimió
con las arañas, entreabierta,
se desgranó desde sus ojos
negros,

y ahora de pronto la
volvemos viva, la poblamos y
no nos reconoce: tiene que
florecer, y no se acuerda.

Soneto LXXVI

Diego Rivera con la paciencia del
oso buscaba la esmeralda del
bosque en la pintura o el
bermellón, la flor súbita de la
sangre recogía la luz del mundo en
tu retrato. Pintaba el imperioso
traje de tu nariz, la centella de tus
pupilas desbocadas, tus uñas que
alimentan la envidia de la luna, y
en tu piel estival, tu boca de

sandía. Te puso dos cabezas de
volcán encendidas por fuego, por
amor, por estirpe araucana, y sobre
los dos rostros dorados de la greda
te cubrió con el casco de un
incendio bravío y allí secretamente
quedaron enredados mis ojos en su
torre total: tu cabellera.

Soneto LXXVII

Hoy es hoy con el peso de todo el
tiempo ido, con las alas de todo lo que
será mañana, hoy es el Sur del mar, la
vieja edad del agua y la composición de
un nuevo día. A tu boca elevada a la luz
o a la luna se agregaron los pétalos de
un día consumido, y ayer viene
trotando por su calle sombría para que
recordemos su rostro que se ha muerto.
Hoy, ayer y mañana se comen
caminando, consumimos un día como
una vaca ardiente, nuestro ganado
espera con sus días contados, pero en
tu corazón el tiempo echó su harina, mi
amor construyó un horno con barro de
Temuco: tú eres el pan de cada día para
mi alma.

Soneto LXXVIII

No tengo nunca más, no tengo siempre. En la
arena la victoria dejó sus pies perdidos.
Soy un pobre hombre dispuesto a amar a sus
semejantes.
No sé quién eres. Te amo. No doy, no
vendo espinas. Alguien sabrá tal vez que
no tejí coronas sangrientas, que combatí
la burla, y que en verdad llené la
pleamar de mi alma. Yo pagué la vileza
con palomas. Yo no tengo jamás porque

distinto fui, soy, seré. Y en nombre de mi
cambiante amor proclamo la pureza.
La muerte es sólo piedra del olvido.
Te amo, beso en tu boca la alegría.
Traigamos leña. Haremos fuego en la montaña.

Soneto LXXIX

De noche, amada, amarra tu corazón
al mío y que ellos en el sueño derroten
las tinieblas como un doble tambor
combatiendo en el bosque contra el
espeso muro de las hojas mojadas.
Nocturna travesía, brasa negra del
sueño interceptando el hilo de las
uvas terrestres con la puntualidad de
un tren descabellado que sombra y
piedras frías sin cesar arrastrara. Por
eso, amor, amárrame el movimiento
puro, a la tenacidad que en tu pecho
golpea con las alas de un cisne
sumergido, para que a las preguntas
estrelladas del cielo responda nuestro
sueño con una sola llave, con una sola
puerta cerrada por la sombra.

Soneto LXXX

De viajes y dolores yo regresé, amor
mío, a tu voz, a tu mano volando en la
guitarra, al fuego que interrumpe con
besos el otoño, a la circulación de la
noche en el cielo. Para todos los
hombres pido pan y reinado, pido
tierra para el labrador sin ventura,
que nadie espere tregua de mi sangre
o mi canto.
Pero a tu amor no puedo renunciar
sin morirme. Por eso toca el vals de
la serena luna, la barcarola en el
agua de la guitarra

hasta que se doblegue mi cabeza
soñando: que todos los desvelos de
mi vida tejieron esta enramada en
donde tu mano vive y vuela
custodiando la noche del viajero
dormido.

Soneto LXXXI

Ya eres mía. Reposa con tu sueño en
mi sueño. Amor, dolor, trabajos,
deben dormir ahora. Gira la noche
sobre sus invisibles ruedas y junto a
mí eres pura como el ámbar
dormido.

Ninguna más, amor, dormiré con mis
sueños. Irás, iremos juntos por las
aguas del tiempo. Ninguna viajará por
la sombra conmigo, sólo tú,
siempre viva, siempre sol, siempre
luna. Ya tus manos abrieron los puños
delicados y dejaron caer suaves signos
sin rumbo, tus ojos se cerraron como
dos alas grises, mientras yo sigo el
agua que llevas y me lleva: la noche,
el mundo, el viento devanan su
destino, y ya no soy sin ti sino sólo tu
sueño.

Soneto LXXXII

Amor mío, al cerrar esta puerta
nocturna te pido, amor, un viaje por
oscuro recinto: cierra tus sueños, entra
con tu cielo en mis ojos, extiéndete en
mi sangre como en un ancho río. Adiós,
adiós, cruel claridad que fue cayendo en
el saco de cada día del pasado, adiós a
cada rayo de reloj o naranja, salud oh
sombra, intermitente compañera! En
esta nave o agua o muerte o nueva vida,

una vez más unidos, dormidos,
resurrectos, somos el matrimonio de la
noche en la sangre. No sé quién vive o
muere, quién reposa o despierta, pero
es tu corazón el que reparte en mi
pecho los dones de la aurora.

Soneto LXXXIII

Es bueno, amor, sentirte cerca de mí
en la noche, invisible en tu sueño,
seriamente nocturna, mientras yo
desenredo mis preocupaciones como
si fueran redes confundidas. Ausente,
por los sueños tu corazón navega,
pero tu cuerpo así abandonado
respira buscándome sin verme,
completando mi sueño como una
planta que se duplica en la sombra.
Erguida, serás otra que vivirá
mañana, pero de las fronteras
perdidas en la noche, de este ser y no
ser en que nos encontramos algo
queda acercándonos en la luz de la
vida como si el sello de la sombra
señalara con fuego sus secretas
criaturas.

Soneto LXXXIV

Una vez más, amor, la red del día
extingue trabajos, ruedas, fuegos,
estertores, adioses, y a la noche
entregamos el trigo vacilante que el
mediodía obtuvo de la luz y la tierra.
Sólo la luna en medio de su página
pura sostiene las columnas del
estuario del cielo, la habitación
adopta la lentitud del oro y van y van
tus manos preparando la noche. Oh
amor, oh noche, oh cúpula cerrada
por un río de impenetrables aguas en

la sombra del cielo que destaca y
sumerge sus uvas tempestuosas,
hasta que sólo somos un solo espacio
oscuro, una copa en que cae la ceniza
celeste, una gota en el pulso de un
lento y largo río.

Soneto LXXXV

Del mar hacia las calles corre la vaga
niebla como el vapor de un buey
enterrado en el frío, y largas lenguas
de agua se acumulan cubriendo el
mes que a nuestras vidas prometió
ser celeste. Adelantado otoño, panal
silbante de hojas, cuando sobre los
pueblos palpita tu estandarte cantan
mujeres locas despidiendo a los ríos,
los caballos relinchan hacia la
Patagonia. Hay una enredadera
vespertina en tu rostro

que crece silenciosa por el amor
llevada hasta las herraduras
crepitantes del cielo. Me inclino
sobre el fuego de tu cuerpo nocturno
y no sólo tus senos amo sino el otoño
que esparce por la niebla su sangre
ultramarina.

Soneto LXXXVI

Oh Cruz del Sur, oh trébol de
fósforo fragante, con cuatro besos
hoy penetró tu hermosura y
atravesó la sombra y mi sombrero:
la luna iba redonda por el frío.
Entonces con mi amor, con mi amada, oh
diamantes de escarcha azul, serenidad
del cielo, espejo, apareciste y se llenó la
noche con tus cuatro bodegas

temblorosas de vino. Oh palpitante plata
de pez pulido y puro, cruz verde, perejil
de la sombra radiante, luciérnaga a la
unidad del cielo condenada, descansa en
mí, cerremos tus ojos y los míos.
Por un minuto duerme con la noche del
hombre. Enciende en mí tus cuatro números
constelados.

Soneto LXXXVII

Las tres aves del mar, tres rayos,
tres tijeras cruzaron por el cielo frío
hacia Antofagasta, por eso quedó el
aire tembloroso, todo tembló como
bandera herida. Soledad, dame el
signo de tu incesante origen, el
apenas camino de los pájaros
cruces, y la palpitación que sin
duda precede a la miel, a la música,
al mar, al nacimiento. (Soledad
sostenida por un constante rostro
como una grave flor sin cesar
extendida hasta abarcar la pura
muchedumbre del cielo.) Volaban
alas frías del mar, del Archipiélago,
hacia la arena del Noroeste de
Chile. Y la noche cerró su celeste
cerrojo.

Soneto LXXXVIII

El mes de Marzo vuelve con su luz
escondida y se deslizan peces
inmensos por el cielo, vago vapor
terrestre progresa sigiloso, una por
una caen al silencio las cosas. Por
suerte en esta crisis de atmósfera
errabunda reuniste las vidas del mar
con las del fuego, el movimiento gris
de la nave de invierno, la forma que

el amor imprimió a la guitarra. Oh
amor, rosa mojada por sirenas y
espumas, fuego que baila y sube la
invisible escalera y despierta en el
túnel del insomnio a la sangre para
que se consuman las olas en el cielo,
olvide el mar sus bienes y leones y
caiga el mundo adentro de las redes
oscuras.

Soneto LXXXIX

Cuando yo muera quiero tus manos en
mis ojos: quiero la luz y el trigo de tus
manos amadas pasar una vez más
sobre mí su frescura: sentir la
suavidad que cambió mi destino.
Quiero que vivas mientras yo,
dormido, te espero, quiero que tus
oídos sigan oyendo el viento, que
huelas el aroma del mar que amamos
juntos y que sigas pisando la arena
que pisamos. Quiero que lo que amo
siga vivo y a ti te amé y canté sobre
todas las cosas, por eso sigue tú
floreciendo, florida, para que alcances
todo lo que mi amor te ordena, para
que se pasee mi sombra por tu pelo,
para que así conozcan la razón de mi
canto.

Soneto XC

Pensé morir, sentí de cerca el frío, y de
cuanto viví sólo a ti te dejaba: tu boca
eran mi día y mi noche terrestres y tu
piel la república fundada por mis
besos. En ese instante se terminaron
los libros, la amistad, los tesoros sin
tregua acumulados, la casa
transparente que tú y yo construimos:
todo dejó de ser, menos tus ojos.
Porque el amor, mientras la vida nos

acosa, es simplemente una ola alta
sobre las olas, pero ay cuando la
muerte viene a tocar a la puerta hay
sólo tu mirada para tanto vacío, sólo
tu claridad para no seguir siendo, sólo
tu amor para cerrar la sombra.

Soneto XCI

La edad nos cubre como la
llovizna, interminable y
árido es el tiempo, una
pluma de sal toca tu rostro,
una gotera carcomió mi
traje:
el tiempo no distingue entre
mis manos o un vuelo de
naranjas en las tuyas: pica con
nieve y azadón la vida: la vida
tuya que es la vida mía. La vida
mía que te di se llena de años,
como el volumen de un racimo.
Regresarán las uvas a la tierra.
Y aún allá abajo el tiempo
sigue siendo, esperando,
lloviendo sobre el polvo, ávido
de borrar hasta la ausencia.

Soneto XCII

Amor mío, si muero y tú no
mueres, no demos al dolor más
territorio: amor mío, si mueres
y no muero, no hay extensión
como la que vivimos. Polvo en
el trigo, arena en las arenas el
tiempo, el agua errante, el
viento vago nos llevó como
grano navegante. Pudimos no
encontrarnos en el tiempo. Esta
pradera en que nos

encontramos, oh pequeño
infinito! devolvemos. Pero este
amor, amor, no ha terminado, y
así como no tuvo nacimiento no
tiene muerte, es como un largo
río, sólo cambia de tierras y de
labios.

Soneto XCIII

Si alguna vez tu pecho se detiene,
si algo deja de andar ardiendo por
tus venas, si tu voz en tu boca se
va sin ser palabra, si tus manos se
olvidan de volar y se duermen,
Matilde, amor, deja tus labios
entreabiertos porque ese último
beso debe durar conmigo, debe
quedar inmóvil para siempre en tu
boca para que así también me
acompañe en mi muerte. Me
moriré besando tu loca boca fría,
abrazando el racimo perdido de tu
cuerpo, y buscando la luz de tus
ojos cerrados. Y así cuando la
tierra reciba nuestro abrazo
iremos confundidos en una sola
muerte a vivir para siempre la
eternidad de un beso.

Soneto XCIV

Si muero sobrevíveme con tanta
fuerza pura que despiertes la furia
del pálido y del frío, de sur a sur
levanta tus ojos indelebles, de sol a
sol que suene tu boca de guitarra.
No quiero que vacilen tu risa ni tus
pasos, no quiero que se muera mi
herencia de alegría, no llames a mi
pecho, estoy ausente. Vive en mi
ausencia como en una casa. Es una

casa tan grande la ausencia que
pasarás en ella a través de los
muros y colgarás los cuadros en el
aire. Es una casa tan transparente
la ausencia que yo sin vida te veré
vivir y si sufres, mi amor, me moriré
otra vez.

Soneto XCV

Quiénes se amaron como nosotros?
Busquemos las antiguas cenizas del
corazón quemado y allí que caigan
uno por uno nuestros besos hasta
que resucite la flor deshabitada.
Amemos el amor que consumió su
fruto y descendió a la tierra con
rostro y poderío:
tú y yo somos la luz que continúa,
su inquebrantable espiga
delicada. Al amor sepultado por
tanto tiempo frío, por nieve y
primavera, por olvido y otoño,
acerquemos la luz de una nueva
manzana, de la frescura abierta
por una nueva herida, como el
amor antiguo que camina en
silencio por una eternidad de
bocas enterradas.

Soneto XCVI

Pienso, esta época en que tú
me amaste se irá por otra azul
sustituida, será otra piel sobre
los mismos huesos, otros ojos
verán la primavera. Nadie de
los que ataron esta hora, de
los que conversaron con el
humo, gobiernos, traficantes,
transeúntes, continuarán
moviéndose en sus hilos. Se

irán los crueles dioses con
anteojos, los peludos
carnívoros con libro, los
pulgones y los pipipasseyros.
Y cuando esté recién lavado el
mundo nacerán otros ojos en
el agua y crecerá sin lágrimas
el trigo.

Soneto XCVII

Hay que volar en este tiempo,
a dónde? Sin alas, sin avión,
volar sin duda: ya los pasos
pasaron sin remedio, no
elevaron los pies del pasajero.
Hay que volar a cada instante
como las águilas, las moscas y
los días, hay que vencer los
ojos de Saturno y establecer
allí nuevas campanas. Ya no
bastan zapatos ni caminos, ya
no sirve la tierra a los
errantes, ya cruzaron la noche
las raíces, y tú aparecerás en
otra estrella
determinadamente transitoria
convertida por fin en amapola.

Soneto XCVIII

Y esta palabra, este papel
escrito por las mil manos de
una sola mano, no queda en

ti, no sirve para sueños, cae a
la tierra: allí se continúa. No
importa que la luz o la
alabanza se derramen y
salgan de la copa si fueron un
tenaz temblor del vino, si se
tiñó tu boca de amaranto. No
quiere más la sílaba tardía, lo
que trae y retrae el arrecife
de mis recuerdos, la irritada
espuma, no quiere más sino
escribir tu nombre. Y aunque
lo calle mi sombrío amor más
tarde lo dirá la primavera.

Soneto XCIX

Otros días vendrán, será
entendido el silencio de
plantas y planetas y
cuántas cosas puras
pasarán!
Tendrán olor a luna los
violines! El pan será tal vez
como tú eres: tendrá tu voz, tu
condición de trigo, y hablarán
otras cosas con tu voz: los
caballos perdidos del Otoño.
Aunque no sea como está
dispuesto el amor llenará
grandes barricas como la
antigua miel de los pastores, y
tú en el polvo de mi corazón
(en donde habrán inmensos
almacenes) irás y volverás
entre sandías.

Soneto C

En medio de la tierra
apartaré las esmeraldas
para divisarte y tú estarás
copiando las espigas con

una pluma de agua
mensajera.
Qué mundo! Qué profundo perejil!
Qué nave navegando en la dulzura!

Y tú tal vez y yo tal vez topacio!
Ya no habrá división en las
campanas. Ya no habrá sino
todo el aire libre, las
manzanas llevadas por el
viento, el succulento libro en
la enramada, y allí donde
respiran los claveles
fundaremos un traje que
resista la eternidad de un
beso victorioso.

FIN.
